

**Antonio Duplá**

## **En defensa de la Historia**

*El Correo y El Diario Vasco*, 3 de abril de 2024.

Los historiadores e historiadoras profesionales somos perfectamente conscientes de que compartimos nuestra dedicación al estudio y reconstrucción del pasado con otros campos y otras personas, que pueden conseguir en esa actividad un eco y un alcance notablemente mayor que el procedente del mundo académico. No obstante, nos parece importante distinguir la ficción de la investigación histórica, pues son ámbitos distintos con reglas de juego diferentes, como ya señalara el historiador ateniense Tucídides, cuando recordaba que la historia y la poesía obedecen a leyes distintas, la primera a la verdad, la segunda al deleite. El novelista escribe una ficción verosímil, señala Carlos García Gual, mientras que, en mi opinión, la historia, como disciplina científica, propone un relato explicativo veraz del pasado. Es importante dejar este aspecto claro y reconocer el terreno en el que se desenvuelve cada cual.

Viene esto a cuento de algunas declaraciones efectuadas por el conocido autor de novelas históricas Santiago Posteguillo, en particular con ocasión de la presentación de su reciente obra sobre la vida de Julio César, en concreto la de la segunda del plan, ciertamente ambicioso, de reconstruir la biografía del ilustre personaje romano en seis volúmenes. Dicha presentación por el autor que más libros vendió en el mercado español en 2022 ha provocado lógicamente un sinfín de artículos y entrevistas en diferentes medios de comunicación.

Cabe pensar que el interés legítimo de los medios por conseguir unos titulares llamativos, unido a la presunta intención, en principio no menos legítima, del autor por despertar la curiosidad de potenciales compradores de sus libros, le ha llevado a efectuar algunas afirmaciones históricamente discutibles.

Traigo a colación, como ejemplo, un par de opiniones que convendría matizar. En la primera se afirma que Julio César “era un político sorprendente que cumplía con sus promesas electorales” (*EL CORREO*, 22/11/23). Ciertamente en la Roma republicana había elecciones y campañas electorales, pero hasta donde sabemos no había propiamente promesas electorales, porque no había programas ni partidos como tales y los candidatos eran elegidos fundamentalmente por su autoridad moral y prestigio (*auctoritas, dignitas*), y por su presunta honestidad a la hora de ejercer el cargo para el que se presentaban. Lo poco que sabemos con cierto detalle sobre estrategias electorales en Roma, como es el caso de Cicerón preparando su campaña para el consulado del año 63 a.C., recomienda precisamente no entrar en ninguna propuesta concreta.

La segunda opinión vertida por Posteguillo no es menos taxativa: “Julio César fue un adelantado a su tiempo; propuso eliminar la pena de muerte” (*El Periódico de Aragón*, 23/12/23). Es cierto que en la famosa sesión del senado romano de diciembre del año 63 a.C., en la que se discutía la suerte de los partidarios de Catilina detenidos, César se opuso a la pena de muerte que propugnaba Catón, opción esta última que finalmente se impuso. Pero el rechazo de esa medida concreta en aquella coyuntura no implica en absoluto una postura abolicionista de la pena de muerte en Roma, debate por otra parte inexistente entonces. César no dudó en masacrar pueblos enteros en su conquista de la Galias ni en marchar después hacia una guerra civil que iba a suponer la muerte de miles de ciudadanos romanos.

Sorprende también leer a nuestro autor que la clase política en Roma estaba mejor preparada que la actual. Por supuesto, puesto que la elite dirigente romana, constituida fundamentalmente por una serie de grandes familias, los más ricos de la sociedad, es un ejemplo paradigmático de clase no productiva que tenía el tiempo y el dinero suficientes para dedicarse *full time* a la política. Afortunadamente algo se ha avanzado desde entonces en cuanto a la participación en los asuntos políticos.

En fin, el problema no son tanto estas opiniones y muchas otras, en principio respetables y legítimas, aunque algunas históricamente erróneas. El problema es que son presentadas como la versión autorizada y cualificada de nuestro conocimiento sobre la antigua Roma. El esfuerzo de documentación del autor es indiscutible, pero las distintas normas de la ficción y la historia tienen sus consecuencias. Marguerite Yourcenar escribió en 1951 una magnífica novela sobre el emperador Adriano, pero a nadie se le ocurrió encumbrar a la magnífica escritora francesa como una autoridad en historia romana. Ahora la situación, lamentablemente, ha cambiado. Por eso reclamamos dar a la ficción lo que es de la ficción y a la historia lo que es de la historia, aunque nosotros no podamos ofrecer titulares tan destacados.

---

Antonio Duplá es Catedrático de Historia Antigua en la UPV/EHU.